

En búsqueda del Ideal

Las últimas tres sinfonías de Anton Bruckner forman un tríptico en el cual cada una de ellas representa un camino diferente a explorar y desarrollar. La Séptima plantea la búsqueda de un ideal, como una mano que busca alcanzar lo que está fuera de su alcance. La Octava es la lucha heroica del hombre, tanto trágica como afirmativa. La Novena plantea el conflicto heroico a nivel cósmico. Las primeras dos se desarrollan a nivel humano, lo que ofrece la posibilidad de un triunfo. En la Séptima, el éxtasis nos acerca a lo que de otra manera no podríamos acceder. En la Octava, la conquista de integridad interna nos permite lograr la fuerza de convicción para encarar la vida afirmativamente. Ambos logros se fundamentan en la ética heroica, o sea, la ética del hombre libre. En la Novena, esta misma ética nos llevará a un desenlace muy distinto.

La Séptima Sinfonía de Bruckner comienza con un tema de largo aliento, noble y bello, que sale de nuestro interior y busca en las alturas su destino. El hombre noble sabe que no vive sólo para “ser feliz”. Nuestras emociones no tienen ninguna trascendencia. Sólo son importantes para nosotros. Algo nos dice que tenemos una misión que se realiza allá afuera. Estamos aquí para cambiar el mundo. Casi nada. ¿Qué debemos hacer? ¿En qué dirección nos movemos? El hombre común mira a su alrededor para ver que hacen los demás. El hombre libre mira a su interior: su dirección es determinada por lo que es. Todo esto nos recuerda que Nietzsche dijo que debemos llegar a ser lo que se es.

Cualquiera que sea nuestro destino, seguramente será difícil de alcanzar. Debemos luchar por él, y es probable que no se realice en su totalidad. Nos lanzamos a buscarlo sin garantía de triunfo, pero con confianza en nuestra capacidad. En la misma forma que está expresado en el tema inicial de la Séptima Sinfonía, nos lanzamos a la búsqueda con anhelo y afirmación a la vez. El primer movimiento narra las vicisitudes de nuestra búsqueda, siempre guiados por el resplandor de nuestra idea interior. Al final del movimiento logramos aunque sea una afirmación gloriosa de nuestra visión.

La búsqueda continúa en el segundo movimiento, ahora más reflexiva, que le da mayor fuerza y constancia. El clímax de este Adagio, que es también el clímax de sinfonía, se logra al final de un largo y constante “crescendo”, con repeticiones del tema principal en los metales, acompañados de obsesivas figuraciones en los violines que apoyan el tema y nos impulsa hacia delante. El final del movimiento, signado por el dolor sentido por Bruckner al recibir la noticia de la muerte de su admirado Wagner, termina en una transfiguración más idealista que real.

Precisamente lo más preocupante de esta obra, demostrado por este final del Adagio, es que Bruckner llega al clímax de la obra sin el aporte de sus demonios. Siempre es en el Scherzo que Bruckner incorpora las fuerzas más elementales de su naturaleza al desarrollo de la obra. Esto no sólo impulsa el proceso, sino también le da fundamento en la realidad, ayudando a “poner los pies en la tierra”. Tampoco es normal que se llegue al clímax en el segundo movimiento. ¿Ahora qué hacemos?

Sin duda soltamos esas fuerzas elementales en el Scherzo, pero ya nuestro ideal está definido en el Adagio. Esto resulta en un dualismo antitético a la ética heroica representada en la música de

Beethoven y Wagner, los dos guías de Bruckner. Cuán conciente estaba él de este conflicto es imposible saber. Sabemos que no hizo ningún intento de reestructurar la Séptima. También sabemos que Bruckner no le tenía miedo a enfrascarse en profundas revisiones de sus sinfonías. Sin embargo, es un hecho que en sus dos últimas sinfonías, el Scherzo pasa a ser el segundo movimiento, así como el Adagio ahora deja de ser un movimiento de transición dentro de un proceso, típico de la sinfonía Beethoveniana como lo ejemplifica la famosa Quinta, y se convierte en un movimiento que define el proceso. Es interesante acotar que Beethoven también pasa el Adagio al tercer movimiento en su Novena Sinfonía, probablemente por la misma razón. En la Novena de Bruckner, el Adagio se convierte en algo tan definitivo, que la obra puede terminar ahí, sin que se sienta la necesidad de algo más.

Esto nos deja con el problema de qué hacer con el último movimiento. Bruckner siempre fue un compositor que buscó el origen, por lo que sus finales son más débiles que sus comienzos. En este caso, el impulso proporcionado por el Scherzo lo lleva a la acción. Este tipo de final es típico de Beethoven. Sin embargo, la dualidad creada por el divorcio del ideal de lo elemental, hace que, en este caso, la acción parezca sin sentido. Sólo en la Coda, con el retorno del tema del comienzo de la sinfonía, se logra cierta unidad. No será hasta la próxima sinfonía que el ideal podrá hacerse realidad.